

El poeta Alberto Antonio Verón Ospina, profesor de la Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia, nos narra su viaje a Portbou.

Un viaje a la tumba de Walter Benjamin

El Libro de los pasajes está atravesado por la leyenda. Benjamin llevaba consigo en el momento de su muerte una posada maloja que desapareció misteriosamente del hotel y donde se supone reposaba la obra terminada. Pero el libro que ocupó al autor desde 1927 hasta su muerte en 1940 quedó inacabado.

El autor salió de Marsella el 23 de septiembre de 1940 en calidad de ilegal y llegó a Portbou, España. Su propósito consistía en cruzar la península y de allí conquistar el puerto de Lisboa, en el cual tomaría un barco que lo condujese a los Estados Unidos, pero se suicidó el 25 de septiembre.

¿Qué sentiría ante tanta persecución sin fundamento, corriendo de ciudad en ciudad, de país en país entre el pesimismo y la apariencia periódica de una esperanza? ¿Cómo se llega a la voluntaria decisión de morir sin prodigarle a la vida un último beneficio de inventario? Ese judío solo y excluido que fue Benjamin tomó a Portbou no solamente como la frontera geográfica, también entendió ese lugar como la roca dura contra la cual habría de quebrar su vida fracturada por la pobreza, pero sobre todo por el miedo a caer en manos de los nazis. La muerte por propia mano le ganaría como un paciente jugador a su pasión por la escritura, la lectura y al amor femenino buscado y truncado como un nomada entre los pliegues de Berlín, Moscú o Nápoles.

Viajó a Portbou motivado por eso que los antropólogos llaman como el *eslarah*: la línea que diferencia el conocimiento de segunda mano de la contemplación con los propios ojos del escenario donde ocurrió un acontecimiento fundamental: en nuestro caso, la consolidación de la tragedia de un hombre frente a su destino.

En el vagón proveniente de Barcelona la mayor parte de los viajeros son jóvenes árabes, estudiantes universitarios que marchan de playa a Girona. Es una ruta tapizada y rodeada de un verde brillante que presagia el Pirineo francés y sus bosques. La proximidad del verano se verifica al descubrir a las muchachas con sus cinturas descubiertas y las bragas que se asoman por encima de los bluyines. En las numerosas bodegas de las estaciones donde el tren realiza sus paradas resplandecen los grafitis y consignas que han dejado manos anónimas invitando a la insumisión civil.

Me encontraba ensimismado en estas imágenes cuando el tren arribó a la monumental estación de Portbou, edificada en 1929. La marquesina de la estación es de hierro y vidrio y fue elaborada en los talleres de Joan Torras i Guardiola, conocido como el Eiffel catalán por las obras de ingeniería que realizó en Cataluña. La vista del pueblo, desolado en apariencia, confirma que pocos habitantes permanecen allí. Es como si las gentes estuvieran escondidas o que los habitantes hubiesen desaparecido. El catálogo que ofrece la oficina de turismo de la ciudad muestra los principales sitios de interés: la estación, el templo parroquial de Santa María, la fuente de los niños y lo que se conoce como el Memorial Walter Benjamin: ahí estaba mi objetivo.

La pequeña población de Portbou tiene 125 años, surgió y tuvo su esplendor cuando era frontera y aduana, cruce de caminos para españoles, portugueses, franceses e italianos. Hasta la década del sesenta hacían su parada allí numerosos trenes, como reflejo del progreso industrial de la región catalana de la cual Portbou es puerta por el lado de la frontera con Francia. Hoy es un pueblo con menos de 2 400 habitantes, gran parte mayores de sesenta años, jubilados de la línea de trenes Renfe, albañiles y constructores en retiro. Todo su esplendor fue sepultado con el libre tráfico entre los países vecinos del centro de Europa.

En su nomadismo por el viejo continente Walter Benjamin no tuvo una residencia fija, que luego fuera centro de cultura y de atracción de un turismo numeroso, como son hoy la casa de Fernando Pessoa en Lisboa, la de Dante en Florencia o la de Goethe en Frankfurt. Pese a su breve y fatal escala, este pequeño puerto fronterizo y olvidado erigió en su memoria un extraordinario monumento, y dedicó además el edificio de la aduana a un museo que resulta llamativo por la escasez de objetos, escritos y haberes personales que pudieran sobrevivir al holocausto. Los visitantes se cuentan con los dedos de la mano: profesores, académicos, lectores e investigadores pasan de vez en cuando por allí buscando esa huella invisible pero imborrable de Walter Benjamin, quien fuera, en palabras de su amigo Bertolt Brecht, el primer intelectual judío-alemán muerto a causa del nazismo. Es el caso de Beatriz Sarlo, quien arribó allí en el año de 1995 y consignó en *Siete ensayos sobre Benjamin* sus propias expectativas y decepciones.

Ya en el año de 1940 la situación intelectual de Benjamin era prácticamente insostenible: debido a su origen judío, en Alemania no pudo vivir ni publicar ni trabajar, lo que viene a ser como otro tipo de muerte. La Francia que tanto amó le cierra las puertas y le empuja a escapar ante la inminencia de la aplicación de políticas contra los judíos. El único apoyo económico lo obtiene de los artículos que en su calidad de organizador refugiado en los Estados Unidos le publica la revista del Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt. Luego de diez años de postergar la decisión de abandonar Europa, su única esperanza es América.

A los vecinos de Portbou, el nombre de Walter Benjamin les resulta familiar. En su gran mayoría no lo han leído, pero saben que



en ese cementerio están los restos de un intelectual alemán de gran talla. El lugar donde se suicidó es el Hotel Francia al lado de la tradicional edificación de la Guardia Civil, un sencillo edificio que encontré cerrado, como casi todo en Portbou, y en cuyo primer piso funciona un pequeño mercado.

A tres o cuatro cuadras se encuentra el antiguo edificio de la Aduana, lugar donde el ayuntamiento acondicionó el Museo de Walter Benjamin. El lugar parece abandonado, dos vidrios están rotos y da la impresión de que hace mucho tiempo nadie entra allí. La persona que se encargaba de hacer el aseo al lugar era un anciano judío que murió hace años, hoy quien administra las llaves es la señora Amor Heras, miembro de la junta del ayuntamiento de Portbou y dueña de uno de los nombres más literarios que he conocido. Ella me dijo que fuera al cementerio y que al atardecer nos encontrábamos para que conociera el museo, no sin antes advertirme que poco encontraría ahí.

El Memorial Walter Benjamin se encuentra en la parte superior de la ciudad, mirando al mar y al Pirineo francés desde un acantilado. Resulta ser un lugar melancólico, que a cualquier hora del día puede ser invadido por la bruma. Junto al cementerio está el Pasaje homenaje a Walter Benjamin. El 23 de noviembre de 1993 se inauguró la obra realizada por Dani Karavan, una soberbia escultura en hierro insertada en la dura roca. Se trata de una forma abstracta que evoca las súbitas y ásperas rutas que han de lomar los emigrantes, los refugiados, los exiliados de la tierra para salvar sus vidas. El pasaje es un lugar perfecto para que los enamorados se refugien bajo las escaleras y contemplen el mar extendido al otro lado de la marquesina del vidrio. La estructura posee la forma de un camino y una ruta de escape que atraviesa la roca, como si descendiendo sus escalones y alcanzando el mar los perseguidos de la tierra encontraran una esperanza de salvación.

A unos cuantos pasos del homenaje a Benjamin, mirando hacia el mar, está el cementerio, rodeado de pinos, olivos, higueras, castaños y almendros. El lugar más visible lo ocupa la tumba simbólica de Walter Benjamin. En el momento de su suicidio una familia de Portbou permitió que le enterraran en una de sus tumbas, lamentablemente —paradojas de su mala estrella— a los cinco años la misma familia necesitó del lugar, y los restos de Benjamin fueron a parar a una fosa común ubicada en la parte lateral del cementerio. No es casual que en una de las dos placas construidas en mármol y esculpidas en catalán se abogue contra el hecho de que muchos hombres en la tierra —y pienso en Colombia— temblen por causa de la violencia sumergidos en una fosa común. La otra placa, que contrasta con las pequeñas piedras blancas que los peregrinos dejan sobre su tumba, recoge de manera trágica su célebre afán de que no existe documento de cultura que no sea también un documento de barbarie. Y en verdad que todos estos vestigios de Benjamin esparcidos cual pequeños y preciosos hallazgos por

Portbou, verifican la confrontación de la memoria contra la brutalidad que produce la desmemoria.

Al descender al pueblo quise hablar con sus habitantes. La pregunta era simple: ¿qué lo aporta la memoria de Walter Benjamin a Portbou? Carlos Sol, un contestatario de los años setenta, señala: "He leído algunos de sus textos, no me dicen nada aunque respondo su filosofía. Pero acá en el pueblo nadie lo ha leído". Y agrega: "Los judíos se llevaron sus objetos a Alemania. Y acá, ¿quién subvenciona, quién limpia su monumento? No existe ningún fondo que lo proteja. Sin duda que su leyenda ha traído gente hasta el pueblo, pero no cuenta con una ayuda económica que mantenga los monumentos".

Isaac Alonso, uno de los pocos jóvenes de la ciudad, advierte: "So lue de Alemania por la persecución de Hitler y en Portbou se alojó en el Hotel Francia. Las verdaderas causas de su muerte no se saben. Tendrían que promocionar que murió acá. No han sabido promocionar esa historia".

Al finalizar la tarde cumplí la cita con la señora Heras, quien se había puesto una camisola alusiva a la inauguración del Memorial Walter Benjamin doce años atrás. Antes de que la pregunte ya me está contando el drama silencioso de Portbou y cómo todo aquello que en algún momento pensaron realizar para rescatar al pueblo a través de la figura de Walter Benjamin se encuentra casi en el olvido. "Acá apenas existe educación hasta tercero de enseñanza media y en dos años no tendremos primaria porque no quedarán niños. Para nosotros el Museo y el monumento dedicados a benjamín pueden ser una manera de rescatar a Portbou, pues todos los jóvenes se fueron a Barcelona y los niños que quedan apenas llegan a tercero de enseñanza media tienen que irse".

Mientras abre ese caserón que amenaza ruina, dice: "Los judíos alemanes se llevaron algunas cosas importantes, prometieron seguirnos colaborando, pero todo se deshizo. Yo noto goteras y mucha humedad en el edificio. En varios paneles se exhiben amarillentos recortes de periódicos con todos los homenajes que le hicieron allí durante la década del noventa. De la pared cuelga el acta de defunción de Walter Benjamin, retratos suyos dispersos entre escritorios y sillas desvencijadas, un cañón y algunos aparatos militares usados durante la Segunda Guerra. ¡Eso objetos de guerra serán el testimonio, la herencia dejada por aquellos soldados que regresaron de los campos de balalla completamente mudos! Con el tiempo las guerras se confunden. La anclana me muestra desconsolada la maqueta empolvada en un rincón de lo que fuera el proyecto de reconstrucción y ampliación del sitio, para convertirle en un museo, centro cultural y de investigación".

El desvencijado museo evoca alguno de los numerosos textos sobre objetos e interiores de vivienda que Benjamin describiera, un lugar que habla de la tensión entre querer resguardar una memoria y la abrumadora presión impuesta por el olvido.

Al salir de allí pienso que la memoria de Benjamin, luego de su muerte, continúa sometida a profundos vaivenes, al riesgo permanente de la indiferencia humana: un cementerio donde están y no están sus restos, un museo dedicado a su memoria a punto de derrumbarse, un pueblo que a la vuelta de treinta o cuarenta años puede haber desaparecido por sustracción de habitantes.

De regreso, en el tren, evoco su última misiva a Henry Burlan escrita unas horas o unos minutos antes de suicidarse y compilada en la correspondencia con Adorno: en ella señala el callejón sin salida en que se encuentra, la falta de otras posibles elecciones que lo apartan de la solución radical del suicidio. Sabe con la certeza que morirá en un lugar donde nadie tiene vínculos con él, por lo tanto será un muerto sin deudos, sin cercanos, un hombre sin patria y sin familia. Le habría gustado redactar unas cartas más, donde se vivificara los lazos de la fraternidad, como lo hizo durante años con Sholem y Adorno, pero al otro lado de la puerta presente los pasos de la bestia del totalitarismo.

Por eso, al recordar a esa mujer que sueña con que Benjamin se convierta en el Iman que atraiga visitantes a Portbou, pienso en lo paradójico de su destino y obra, reflejados ambos en la inquietante máxima de sus *Tesis acerca de la historia*: sólo la esperanza nos viene dada por los desesperanzados. Y el desesperanzado judío que encamó Benjamin le toca hoy llevar la esperanza de salvación a ese pequeño pueblo de la Costa Brava en que murió, desconocido y pobre. Como si de la anónima fosa común en que yace brotara su desdicha vuelta una leyenda capaz de rescatar al poblado del olvido en que está inmerso, luego de que las grandes transformaciones que vive la Europa de la Comunidad Económica avasallaran a ese tranquilo pueblo de pescadores, tan lleno de signifcados para la historia de los refugiados y de las resistencias de la primera mitad del siglo XX.

Tomado de la Revista El Malpensante, Colombia

